

Revista de Estudios Taurinos  
N.º 16, Sevilla, 2003, págs. 333-338

Gómez Pin, Víctor (2002): *La escuela más sobria de vida. La tauromaquia como exigencia ética*. Editorial: Espasa-Calpe. Premio Fundación *Joselito*.

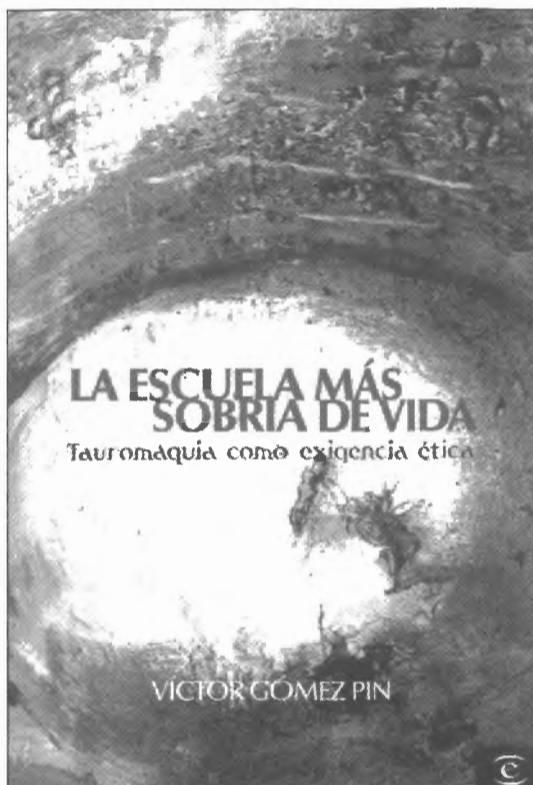


Fig. n.º 53.- Cubierta del libro *La escuela más sobria de vida*, de Víctor Gómez Pin.

## TAUROMAQUIA PARA ESCÉPTICOS

El principio del amor es todo un hallazgo deslumbrante. Hay amor cuando empiezas a descubrir cosas nuevas en lo cotidiano, cuando te sorprendes de la más mínima sutileza, cuando disfrutas de momentos que en otras circunstancias eran tediosos y cuando gozas no de la cosa sino de las sensaciones de la cosa, por decirlo en la heráldica de Mallarmé.

En este libro se conjugan en perfecta simbiosis el descubrimiento, la sorpresa, el disfrute y el gozo y, por tanto, se dan todas las condiciones necesarias para enamorarte ciega y perdidamente de la Tauromaquia en toda su amplitud.

Esta obra, mención aparte del galardón obtenido, destila la sensibilidad suficiente para embaucar al receptor menos conspicuo e irracionalmente opositor a la Fiesta de los toros. En ella sobra delicadeza en las argumentaciones y no se encuentra ningún atisbo de revanchismo contra los intelectuales que arremeten, sin tono ni descanso, contra estepreciado legado de la historia, que los españoles hemos sabido cuidar pacientemente, mimar con deleite y exportar a otras latitudes.

Muy al contrario, en estas doscientas largas páginas, se razona con la certeza de un cirujano sobre las virtudes de este espectáculo sin caer en la fácil retórica del insulto, tan socorrida en los detractores de los Toros, caso de Manuel Vicent.

Este literato abusa de los florilegios del lenguaje para cometer atropellos tan desproporcionados como insolentes y se atreve, obscenamente, a comparar las corridas de toros con los asesinatos de ETA. Cada cual es responsable de la

atrofia de su mente, pero estas memeces metafóricas no son tenidas en cuenta en este libro.

El libro tiene el acierto de reservar un hueco para las citas de las mentes más intransigentes, pero a la vez bien amuebladas, como la del profesor Mosterín. Se trata de una pugna intelectual sincera, abierta y mesurada entre las tesis de los defensores y los argumentos de los detractores.

No se trata de convencer por la persuasiva argucia de los tropos, sino de confrontar cada una de las propuestas con la intención de obtener la aquiescencia o la censura de los lectores. En definitiva, tendrán que ser ellos los que salven o abandonen a Gómez Pin.

Con toda la vehemencia que se pueda imaginar, Mosterín defiende razonadamente que «desde el punto de vista científico, el antropocentrismo está muerto y enterrado», y prosigue diciendo «que las ideas desarrolladas por kantianos, liberales, marxistas y filósofos contemporáneos (...) son incapaces de analizar o iluminar problema moral alguno que vaya más allá del mero conflicto de intereses entre humanos».

Siendo ésta una postura científicamente superada, obvia el doctor Mosterín que los defensores a ultranza de la Fiesta de los toros también repudiamos el sufrimiento gratuito de todo animal, es decir, la carnicería innecesaria y sangrienta que diariamente ocurre en cualquier matadero industrial.

Pero exaltar ese matiz contingente de las corridas de toros, demuestra una estrechez de miras ridícula, puesto que la tauromaquia despliega otras potencialidades humanas, la simbólica, por ejemplo, y es ahí, y no en la sangre derramada, donde reside la esencia y defensa de la Fiesta de toros.

El centro neurálgico de este rito se encuentra en la confrontación de una animalidad con otra animalidad, si se quiere, pero la segunda inteligente, reflexiva, diferente, y sobre todo dotada de un lenguaje. Este matiz es de vital importancia, según Víctor Gómez Pin, pues aquí radica una de las principales diferencias entre los animales y los seres humanos.

Que los animales se comunican a través de sistemas, incluso complejos, nadie lo pone hoy en duda; pero nuestro lenguaje, argumenta el autor, «tiene funciones que van más allá de lo conveniente o inconveniente en la lógica de la lucha por la subsistencia; funciones gratuitas desde este punto de vista (...) como por ejemplo, cuando es gozado por sí mismo en la articulación de un poema o en el juego reflexivo».

La filosofía tienta al misterio, entendido éste como aquello que trasciende el mundo en que la conciencia se halla inmersa. Además tiene como aspiración volcarse sobre aquello que de ordinario se halla entre paréntesis, como defendía Gómez Pin en su libro *Filosofía. El saber del esclavo*. El autor, con evidente virtud filosófica, en el capítulo segundo “Razones del repudio de la Tauromaquia” transita por los espinosos caminos de la teoría darwiniana y por los vericuetos de la neurofisiología para ir demoliendo los argumentos más manidos de los animalistas.

En las páginas de este texto se analizan rigurosamente: el sufrimiento de los animales, su equiparación con el sufrimiento humano, la similitudes con los animales, el dolor animal, la capacidad de comunicación de ellos y de nosotros, la tauromaquia como acto de tortura...

Todas estas proposiciones son estudiadas meticulosamente, a veces hasta el exceso en las citas y en el rigor cien-

tífico, para demostrar que la capacidad humana de ser reflexivos, la conciencia de nosotros mismos, la evolución de nuestro cerebro en relación con la extensión de nuestro cráneo, el lenguaje particular del que disponemos, son algunas de las muchas marcas que nos separan del orden animal.

Como no podía ser de otra manera, en las páginas centrales del texto se aborda un tema problemático y que ya ha provocado ríos de tinta. El escritor se interroga: ¿Qué es lo que se entiende por arte si resulta que la tauromaquia es clasificable como tal? ¿qué ampliación del concepto de arte supone tal inclusión?.

Como en todo el libro, su planteamiento con respecto a estas cuestiones es ante todo, original. No recurre a los tópicos de siempre, sino que se centra en la tensión en la que se encuentra el cuerpo del torero, del artista, cuando se confronta con el del toro.

La Tauromaquia es una actividad innecesaria desde el punto de vista de la subsistencia, como cualquier arte, pero lo peculiar y diferenciador del toreo es la imbricación entre lo corporal y lo espiritual. Cuando en el espacio simbólico de la plaza de toros se enfrentan fiera e intelecto, es cuando al torero se le exige la más acentuada lucidez real. Esa es la verdadera grandeza de la Fiesta.

Como epílogo triunfal se publica, en homenaje al maestro de Ronda, Antonio Ordóñez, una conversación que mantuvieron filósofo y torero, en definitiva hombre frente a hombre, tratando un tema amado por ambos.

La pasión del maestro por la actividad, que había supuesto el eje de su vida, y la admiración de un enamorado por su ídolo y por la Fiesta, son los elementos que componen

estas últimas y jugosas páginas. Colofón inmejorable por lo sobresaliente del personaje y por la frescura literaria que desprende cada uno de los párrafos.

En estos momentos, en los que la originalidad y sacralidad del arte se ha erosionado sensiblemente, como decía Magnus Enzensberger, la vida cultural española necesitaba un libro como éste; intelectualmente arriesgado y socialmente comprometido con la defensa radical de la Fiesta de los toros.

Juan Carlos Gil González  
Universidad de Sevilla

